

de la alianza y buena fe de los Tlaxcaltecos, prosiguió su viaje por Cholula, en cuya ciudad entró en medio de las aclamaciones de júbilo de sus habitantes, mas habiendosabido por Doña Marina ser evidente que los Choluleses le fraguaban una traición, que pensaban acabar con los Españoles y con los aliados, ayudados de 20,000 Mexicanos que estaban acampados á poca distancia, se irritó y mandó á los Tlaxcaltecos y á los Españoles, que arrojándose sobre los Choluleses, hicieran una espantosa carnicería en ellos, respetando solo á las mugeres y á los niños. Sometidos los Choluleses y los Tepeyaqueses al Emperador, recibió nueva embajada de Moctezcuma; pasó á Tlamanalco, en donde fué visitado por el rey de Tezcoco, y de aquí pasó á esta ciudad obligado á ello por los principes de Acolhuacán. Siguiendo luego su camino llegó á Iztapalapan, de donde pasó en fin, á México, en cuya ciudad entró el 8 de noviembre de 1519, con grande admiración de todos sus habitantes y de Moctezcuma mismo que salió á encontrarle, y le acompañó hasta el palacio de Axayacatl que había destinado para hospedarle.

Los seis primeros días de su llegada á México, los pasó Cortés ocupado en visitar al rey y en andar á su lado admirando las bellezas de la ciudad; mas pasados estos se puso á pensar seriamente en la posición en que se encontraba allí: sólo con sus tropas, y fiado enteramente en la buena fe de Moctezcuma, fácil les hubiera sido á los Mexicanos acabar con ellos á la menor insinuación de su soberano. ¿Qué partido debía seguirse? Otro capitán de ingenio ménos perspicaz, y de ánimo ménos resuelto, se hubiera visto sumamente embarazado en este caso; mas Cortés, á quien no paraban obstáculos, concibió la idea de apoderarse de Moctezcuma; lo prendió en su mismo palacio, y lo condujo al cuartel que él mismo le había destinado: hecho temerario que solo podía caber en ánimo tan resuelto como el de Cortés. Reducido el rey á prisión en el mismo cuartel de los Españoles, quiso Cortés tenerlo allí en rehenes para que los Mexicanos nada osasen en su contra. Así fué; mas Cacamatzin, sobrino de Moctezcuma y rey de Acolhuacán (1), indignado por el tratamiento que los Españoles daban á su tío, pensó libertarle de su tiranía, dirigiéndose á México con un grueso ejército, proyecto que sabido por Cortés, pensó hacer otro tanto, dirigiéndose sobre Tezcoco á castigar á su rey; mas disuadido de esto por Moctezcuma, quien se veía en la dura posi-

(1) Tezcoco era la corte de este reino.

ción, ó de ser víctima del furor de los Españoles, ó del de su sobrino; este rey débil, degradado ya por tantas bajas, se encargó de poner en manos de Cortés por medio de una traición á su sobrino, y Cacamatzin fué á poder de Cortés, quien le cargó de cadenas y lo envió á un oscuro calabozo y eligió nuevo rey de Tezcoco. Viendo Cortés la sumisión de los Mexicanos, les exigió en fin que prestasen obediencia á su rey, como lo verificaron Moctezcuma y todos los nobles reunidos, no sin gran pesar suyo; pero obligados á ello porque juzgaban á los Españoles descendientes de Quetzacoatl, quien, según Cortés los había asegurado, era el monarca de Oriente, Carlos V; y no contento con esto les exigió también el que reuniesen una gran suma de oro para mandarla al rey de Castilla, como prueba del homenaje que de allí en adelante le prestarían.

Mas los nobles temieron, y comunicando sus temores á Moctezcuma, le hicieron presente el grado de humillación á que habían llegado y la avilantez de los Españoles, por lo que debía decir él ya á aquellos extranjeros, que la seguridad de sus pueblos exigía que saliesen ya de sus estados: así lo hizo Moctezcuma, y Cortés por calmar por el momento el ánimo del rey, convino en abandonarlos, tan luego como se construyesen naves que los condujeran, por lo que Moctezcuma le dió muestras de agrado; y como pocos días despues unos mensajeros de las costas de Chalchihuacán le trajesen unas pinturas que representaban buques, y gentes en todo parecidas á las de Cortés, se dirigió al capitán y mostrándoselas, le dijo que ya tenía buques en que partir. Cortés creyó al principio que eran los dos enviados que hacia un año había despachado con cartas al Emperador que volvían ya con refuerzo de tropas y con los despachos reales; mas habiendo recibido luego cartas de Sandoval, que había quedado de gobernador en la Veracruz, se desengañó, pues vió que aquella armada compuesta de once navios y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes, mas de quinientos marineros, doce piezas de artillería, y bien provista de municiones, venía al mando del capitán Pánfilo de Narvaez enviada por Diego Velasquez contra él mismo, por haberse declarado único gefe de aquella expedición sin consentimiento, ni suyo, ni del soberano. La posición de Cortés al ver esto, fué sumamente embarazosa: Narvaez, á quien le era preciso salir á combatir, amenazándole por un lado, y los Mexicanos por otro destruyendo todas sus esperanzas, si él se alejaba. No obs-

tante esto, su ánimo no desmayó, y mostrando mas que nunca una constancia, una sagacidad y una diligencia heroicas, formó su proyecto, y sin comunicarlo, ni á sus mismos soldados, se apresuró á ponerlo en práctica. Usó primero de la astucia, por ver si con dádivas y promesas lograba atraerse á su partido á los soldados de Narvaez, y aun al mismo Narvaez; mas viendo que esto era infructuoso y no atreviéndose á admitir el socorro de Moctezcuma, suplico al senado de Tlaxcala que le aprontase cuatro mil soldados, envió á Tobilla, inteligente en la materia, á Chinantla para que pidiese 2,000 hombres y 300 lanzas, y á principios de mayo de 1520, dejando el mando de las tropas que quedaban en México á Pedro de Alvarado, salió él con setenta Españoles. Al llegar á Cholula se unió con el capitán Velasquez que volvía de Goazacoalcos, recibió víveres y provisiones de Tlaxcala, mas no los cuatro mil hombres; poco antes de llegar á Zempoalan, se le unió Tobilla con las trescientas lanzas de Chinantla, y en un pueblo, distante tres millas de Zempoalan, los alcanzó el bizarro Gonzalo de Sandoval. Entraron de noche á la ciudad, asaltaron el ejército, lo obligaron á rendirse, Sandoval se apoderó de las personas de Narvaez y Salvatierra, á quienes despachó Cortés á Veracruz cargados de cadenas; se hizo reconocer este por capitán general, y al día siguiente, 27 de mayo, se vió dueño de diez y ocho buques, dos mil soldados Españoles, cien caballos, con gran número de provisiones de guerra, y victoreado por sus tropas y por los dos mil Chinantecos que no habían asistido al asalto, solo habían llegado á ser testigos de su triunfo. Con tales fuerzas, pensaba ya Cortés en nuevas expediciones á lo largo de las costas del golfo, cuando llegó á frustrar sus designios la noticia de grandes trastornos ocurridos en México. Durante su ausencia, los Mexicanos habían tenido que celebrar la fiesta de la incensación de Huizilopochtli, una de las mas solemnes que tenían en el año, y que se celebraba con baile del rey y de las demas clases de la corte; y habiéndose dirigido al capitán Tonathiu (1) para que permitiese salir al templo á Moctezcuma, este se negó á ello, y á lo mas que accedió, fué á que el baile se celebrara en el patio del cuartel en que ellos habitaban con él. Convenidos en esto los Mexicanos para evitar disturbios, se dirigieron allí, y reunida casi toda la nobleza, comenzó la fiesta, en medio de la que mandó

Alvarado á sus soldados que se apostasen en diversos puntos, y que cuando los nobles Mexicanos estuviesen mas distraídos, los atacasen y acabasen con ellos. Así lo hicieron: multitud de nobles Mexicanos indefensos fueron allí víctimas de la crueldad de un aventurero, y desde este momento se declararon las hostilidades entre Mexicanos y Españoles. Irritados aquellos justamente, cargaron al día siguiente sobre el cuartel de estos; mas contentos por la presencia de su rey, determinaron no combatirlos sino por el hambre. Abrieron fosos al rededor del cuartel, y prohibieron que se les llevase ninguna clase de víveres, á aquellos que ya miraban como sus mas mortales enemigos. En este terrible apuro, escribió Alvarado á Cortés, quien al saber las nuevas ocurrencias de México, aceleró su vuelta de manera, que el 21 de junio entró en esta ciudad con noventa y seis caballos, mil y trescientos soldados Españoles y dos mil Tlaxcaltecas, que se le unieron al pasar por aquella república. Se dirigió al cuartel en donde salió Moctezcuma á recibirlo; mas, según dicen los historiadores, el soberbio capitán no se dignó fijar siquiera los ojos en el soberano de México, lo que lo apesadumbro en extremo: reprenido agríamente á Alvarado por su imprudencia; mas no lo castigó, como debiera, por no hacerse enemigo de un hombre de quien tanto necesitaba; y se dirigió luego á ver á Moctezcuma, á quien hizo terribles amenazas si no mandaba en el acto que se les proporcionasen todos los víveres de que carecían. Moctezcuma le contestó que no tenía á quien fiar aquella comision, pues la mayor parte de las personas de quienes podia valerle, se hallaban como él, sin libertad, por lo que Cortés puso luego en libertad á Cuilhauatzin, quien en vez de desempeñar la comision de proporcionar víveres á los Españoles, tomó el mando de las tropas Mexicanas, y al día siguiente embistió el cuartel de Cortés, lo que obligó á este á mandar á Diego de Ordaz que hiciese una salida para dispersarlas, como en efecto sucedió. El 26 del mismo mes se volvió á empeñar el combate entre Mexicanos y Españoles; y viendo Cortés la obstinación de aquellos salió del cuartel, se encaminó peleando por una de las calles principales, se apoderó de los puentes, quemó algunas casas y se volvió á su cuartel con cincuenta Españoles heridos, despues de haber hecho un estrago formidable entre los Mexicanos. Desde la torre del palacio había observado Moctezcuma tan sangrientos combates, y lleno de dolor por las calamidades de sus súbditos, llamó á Cortés, y

(1) Así le llamaban los Mexicanos á Pedro de Alvarado, porque era rubio: Tonathiu, quiere decir, *Sol*.

le suplicó de nuevo que partiese cuanto antes. Cortés contestó que partiría, si sus súbditos dejaban las armas; resolución que se inclinaba á tomar el general viendo lo escaso de víveres que se encontraba, pues apenas habia los necesarios para que sus soldados mantuviesen la vida, y no para que adquiriesen las fuerzas suficientes para la pelea; mas al determinarse á salir de México, no pensaba abandonarla para siempre. Con aquella respuesta, un día en que se habia empeñado un obstinado combate entre Mexicanos y Españoles, habló el rey á sus súbditos, y les dijo: que si pelcaban por su libertad, libre era él, pues estaba en su mano salir de allí cuando quisiese, si porque aquellos extranjeros abandonasen la ciudad, que dispuestos estaban ellos á hacerlo; que así, pues, dejasen las armas; mas uno de los de la multitud levantó entonces la voz, y llamándole cobarde y afeinado, tendió su arco y le disparó una flecha (1), visto lo cual por el pueblo, comenzó á llover tal número de piedras y flechas sobre el infeliz monarca, que á pesar de estar cubierto este por dos rodela, recibió, segun aseguran los historiadores, una pedrada en la cabeza, otra en una pierna y una flecha en un brazo. Cortés tuvo entonces algunas conferencias con los nobles, conferencias que todos los historiadores callan, y concluidas tres máquinas de guerra que el general habia mandado construir, salió el 29 de junio por la mañana por una de las calles principales, con casi todas sus tropas y su artillería; y llegado que hubo á uno de los puentes, mandó que se acercasen á las casas las máquinas, y que comenzaran á obrar; mas la multitud de piedras que de las azoteas arrojaron sobre ellas las despedazó pronto, y después de haber combatido los Españoles hasta el medio día, sin haber podido pasar el puente, tuvieron que volverse turbados á su cuartel con un muerto y gran número de heridos; no obstante esto, el ánimo de Cortés no desmayaba; por el contrario, los reveses acrisolaban cada día mas su constancia.

Orgullosos los Mexicanos con esta victoria, cobraron brio; quinientos nobles se refugiaron en el templo mayor que dominaba el cuartel de los Españoles, y desde allí los comenzaron á combatir, ayudados de las tropas que por todos lados rodeaban el palacio de Axayacatl. Viendo esto Cortés, y después de haber mandado un capitán con cien soldados que fueron

rechazados, se determinó á asaltar el templo él mismo, á pesar de una herida que habia recibido en la mano izquierda en los combates anteriores. Se dirigió á allá con parte de sus soldados, y después de grandes dificultades logró llegar al átrio superior, en donde se trabó una reñida contienda en que los Mexicanos tuvieron una pérdida considerable de gente, y Cortés marchó á su cuartel victorioso tras haber pegado fuego á algunos de los santuarios del templo (1). Al día siguiente pensó Cortés retirarse por el camino de Iztapalapan; mas habiendo sido rechazado, dirigió aquella retirada que le era preciso verificar ya á toda costa, para el 1.º de julio, en que después de haber consultado á sus soldados sobre la hora en que convenia hacerla, se alhirió al parecer de uno llamado Botello, que entre ellos tenia fama de astrólogo, y en cuyas predicciones fiaba Cortés demasiado, el que fué de opinion que se retirasen por la noche, lo cual ocasionó quizá el mal éxito de la retirada. Ordenado ya todo se dirigieron por el camino de Tacopan (Tacuba) (2); pasaron en buen orden el primer puente; mas vistos luego por los sacerdotes que velaban en el templo y que dieron el grito de alarma, fueron rodeados por todas partes por los Mexicanos que introduciendo el desorden, hicieron en ellos la mas espantosa carnicería que hasta allí se habia visto: los cortaron los puentes, de suerte que los soldados de Cortés unos caian al agua y otros sucumbian á los golpes de los enemigos (3), quienes

(1) Comenzando por la que ahora llamamos calle de Tacuba, siguiendo el camino derecho hasta el pueblo de Popotla, creceno á la que entonces era la corte del señor de Tacopan.

(2) No faltan historiadores que para hacer sin duda mas trágica la posición de Cortés en este asalto, aseguran que se vió proximo á perder la vida entre las manos de dos soldados mexicanos, que habiendo logrado asirlo, se iban á arrojar con él para libertar á su patria de un tirano tan odioso; mas á quienes antes arrojó Cortés con su extraordinaria fuerza. Como ni Cortés, ni Bernal Diaz, ni Gomara, hacen mención de esto, opino con Clavijero que esto no pasa de invención de algunos historiadores amantes de novedades.

(3) Parece que lo mas probable es que murieron en esa noche 500 Españoles y 1.000 Tlaxcaltecas, y que se perdió la mayor parte de los bagages, lo cual causó el hambre espantosa que después padecieron en el camino.

Esta noche fué tambien cuando Pedro de Alvarado, viéndose por todas partes rodeado de enemigos y sin esperanza de salvarse, sino saltando un canal de una extensión muy considerable que tenia delante, apoyó su pica dentro de él, y usando de una fuerza prodigiosa, dió

(1) Acosta asegura que este fué Quauhtemotzin su sobrino, á quien después eligieron rey; Clavijero no lo cree así, aunque no alega ninguna razon para ello.

los persiguieron hasta cerca de Popotla, á donde llegaron los pocos que quedaron, casi sin vida, y en donde Cortés sentado en una piedra y debajo de un árbol, derramó lágrimas amargas por tantos valientes compañeros, como en esa noche perecieron. En estremo consternado Cortés con los sucesos de aquella noche, de eterna memoria para ellos, á la que después llamaron *noche triste*, por la melancólica impresión que dejó en sus ánimos, trató de apresurar su marcha á Tlaxcala con los pocos soldados que le habian quedado, para reponerse de pérdida tan considerable. Siguió su camino por Tacopan, Atzacapotzalco y Otuncalpolco (1), y tomando luego el rumbo de Quauhtlilan y Giltaltepec, llegó á pocos días á la llanura de Tonampoco, en donde estaba situada la ciudad de *Otompan*, en que le esperaba con los brazos abiertos la victoria para hacerle cobrar ánimo y seguir adelante con su empresa.

En esta llanura descubrieron un ejército numerosísimo que se dirigia sobre ellos, el que si no era de Mexicanos, era de aliados suyos, y que, segun el mismo Cortés, en una de sus cartas, era de doscientos mil hombres. Al verlo la mezuquina division de Cortés, hambrienta y sin fuerzas ya para combatir, juzgó que aquel era el último día de su vida; mas habiendo oido la voz del general, siempre arrojado, siempre resuelto, animándolos en una arenga breve, pero enérgica, recobró en parte su valor y entró al combate, como si en los días anteriores no hubiera padecido hambre, sed y cansancio. Naturalmente los enemigos habian comenzado á arrollar á los Españoles, quienes sin una sola chispa de esperanza de triunfo, sentían que sus fuerzas se postraban cada vez mas, infundiendo gran desconsuelo en el pecho del general, quien viendo que un acto de arrojo podia, ó acabar con ellos completamente, ó asegurarles la victoria, y recordando que aquellos pueblos huian despavoridos tan solo con perder al general y su estandarte, su ingenio presto en sugerirle medios prontos, le inspiró el de arrojarse el mismo en medio de los enemigos, dirigirse al general, derribarle y arrancarle el estandarte. Así lo hizo; y después de haber encomendado á Alvarado, Sandoval, Olid y Avila, que le guardasen la espalda, se precipitó el enmedio de los enemigos, acompañado de otros cuantos de sus soldados, des-

truyendo enanto á su paso encontraba basta que dió con el general, á quien derribó de un lanzazo, después de haber recibido una gravísima herida en la cabeza. Salamanca, uno de los soldados que lo acompañaron, veloz como el rolmpago, echó pié á tierra, y arrancándole el penacho se lo presentó á Cortés, con lo que viendo las tropas Mexicanas muerto á su general y perdido su estandarte, echaron á huir, y los Españoles cantaron victoria, gracias al denuesto y arrojo de su impertérrito caudillo y de un simple soldado. Tal fué el éxito de la célebre batalla de Otompan, dada el 7 de julio, en la que perdió Cortés gran número de su gente, y de la que se puede decir que decidió de la conquista, porque menguando la excesiva confianza de los Mexicanos, aumentó el brio desmayado de sus enemigos; Cortés dió en ella la mayor prueba de su ánimo constante, de su ingenio fecundo, y de su valor indomito. En el campo del combate durmieron aquella noche, en la que Cortés mismo, á pesar de su herida, hizo la guardia para mayor seguridad.

Al día siguiente, 8 de julio, continuaron su marcha y llegaron á Tlaxcala, en donde acabó de sanar Cortés de la herida, que poco á poco le habia puesto en la puerta del sepulcro, y en donde se vió en peligro de ser abandonado por sus soldados, quienes teniendo presentes aun los funestos acaccimientos de la noche del 1.º de julio, trataban de persuadir al general que pasaran á Veracruz á aguardar socorro de España, ó de las islas. Cortés, con su elocuencia y persuasión, logró disuadirlos de su empeño. De Tlaxcala pasó á hacer la guerra á Tepeyacac, Quaquechellan, Izcoac, Talatzinco, Tecamachalco y Yochtepec; y domadas estas provincias, emprendió su marcha á Tezcoco acompañado de sus pocos soldados Españoles y de multitud de tropas de los aliados. (4) En este tiempo grandes ocurrencias habia habido en México: Motecuzoma habia muerto y los Mexicanos habian elegido por su rey á Cuhtlauhauztin su hermano: este habia comenzado á fortificar la ciudad y á reparar lo destruido; habia mandado un mensaje á los

(1) Llegó Cortés á Tezcoco con cuarenta hombres de caballería, divididos en cuatro partes, y quinientos cincuenta de infantería española divididos en nueve compañías armadas de mosquetes, ballistas, de capadas y rodallas y de picas; salió tambien con 150,000 añados, segun Ojeda que los mandaba, entre los que se contaban las tropas de los Tlaxcaltecas, los Huastecas, Chichuleses y Tepeyacqueses.

el terrible salto que ha dado su nombre á aquel lugar, y que hizo que sus compañeros con memoria de él lo llamasen en lo sucesivo, Pedro de Alvarado del Salto.

(1) Los Remedios.

Tlaxcalenses, invitándoles á que se aliaran con ellos contra los Españoles, á que aquellos republicanos contestaron con una negativa, y había muerto á los cuatro meses de su reinado atacado de viruelas, enfermedad desconocida hasta allí en aquellas comarcas, é introducida en ella por un negro esclavo de Narvaz, y á su muerte, en fin, había sido elegido rey su sobrino Quauhtemotzin, jóven de veinticinco años, poco avezado aun á las batallas; pero dotado en cambio de una energía y de un valor que asombraron á sus mismos enemigos.

Cuando Cortés salió de Tlaxcala para Tezcoco el 28 de diciembre de 1520, dispuso que se condujesen á esta ciudad las velas, jarcias, clavos y otros materiales que habían quedado de los navios que había destruido en Chalchihucacán, para que se comenzase la construcción de los bergantines con las maderas y resinas que ya se habían mandado sacar de los montes. Resuelto á emprender cuanto antes la conquista de México, objeto de todos sus afanes, entró en la corte del rey Acollhuacán, y habiendo notado algunas novedades en el pueblo, en la nobleza y aun en el rey mismo, que le indicaron que los ánimos estaban predisuestos en su contra, destronó al monarca reinante, y puso la corona al príncipe Ixtlixochitl, su adicto, á quien mandó traer de Tlaxcala, en donde le tenía detenido. Se dirigió luego sobre Iztapalapan, de donde volvió á Tezcoco, sin haber hecho cosa de importancia; se confederó con la ciudad de Otompan, y á pocos días salió con gran pompa á recibir á los Tlaxcalenses que volvían con los restos de los navios destruidos que sirvieron para los trece bergantines que se construyeron despues. A principios de la primavera de 1521 salió de Tezcoco con veinticinco caballos, trescientos cuarenta infantes, seis cañones, treinta mil Tlaxcaltecas, gran parte de la nobleza; y se dirigió á Jalcoatlán, y de allí por Quauhtlán á Tlacopan, de donde despues de algunos días volvió á Tezcoco; pues su objeto había sido entablar desde allí negociaciones con los Mexicanos, ó si no lograba esto, imponerse de sus designios respecto de él. De aquí mandó á Sandoval contra Huaxtepec y Xacapichla, y promovió nuevas negociaciones con los Mexicanos que le salieron infructuosas; y habiendo salido el 5 de abril con treinta caballos, trescientos infantes Españoles y veinte mil aliados, caminó por el Mediodía, sujetando todos los pueblos que encontraba al paso, hasta llegar á Quauhnahuac, (1) cuya conquis-

(1) Cuernavaca.

ta empezó; y habiéndola concluido y dirigiéndose por el Norte emprendió la de Xochimilco, ciudad situada en las orillas del lago de Chalco y la mayor del valle despues de México. De aquí pasó á Coyoacán, de donde prosiguiendo su rodeo por los lagos, fué á Tlacopan, luego á Tezcoco, y de vuelta por tercera vez á esta ciudad reprimió una conjuración en que algunos partidarios del gobierno de Cuba trataban de acabar nada menos que con su vida y con la de sus principales capitanes. En fin, el 28 de abril se botaron al agua los bergantines; hizo Cortés revista de sus tropas, en la que vió con satisfacción que contaba ochenta y seis caballos, mas de ochocientos soldados Españoles, tres cañones de hierro grandes, quince de cobre menores y multitud de balas y saetas, aumento que había debido al socorro que últimamente había llegado de España: les arengó enérgicamente á sus tropas y mandó excitar á todas las ciudades aliadas para que le mandasen las mas tropas que pudiesen, con lo que quedaron concluidos los preparativos del asedio de México.

El 20 de mayo hizo Cortés la distribución de sus tropas para proceder luego al asedio de México que debía asegurarles la conquista de estas tierras; dió á Pedro de Alvarado treinta caballos, ciento sesenta soldados Españoles, con tres capitanes, veinticinco mil Tlaxcalenses, dos cañones y veinticinco mil aliados; y le mandó que ocupase á Tlacopan á Gonzalo de Sandoval con veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres soldados Españoles con dos capitanes, dos cañones y mas de treinta mil aliados, lo destinó para que se apoderase de Iztapalapan y acampase allí; y el mismo tomó el mando de los bergantines, en los que distribuyó el resto de sus tropas españolas. Concluida esta distribución, todos salieron de Tezcoco para dirigirse á sus respectivos puntos: Alvarado y Olid marcharon para Tlacopan, en cuya marcha ocurrió un incidente que motivó el suplicio de Xicotencatl el jóven, noble Tlaxcalteca, mandado ahorcar por orden de Cortés: Sandoval partió para Iztapalapan, y Cortés en sus bergantines á auxiliario en la toma de esta ciudad, atacándola por la parte que estaba situada en el agua. Alvarado y Olid trataron luego de cortar el acueducto de Chapultepec; mas fueron rechazados hasta Tlacopan, de donde partió Olid para Coyoacán el 30 de mayo, que segun Cortés fué el día en que comenzó el asedio. Rindióse Iztapalapan por los esfuerzos de Cortés y Sandoval; mas antes de que se rindiera del todo, aquel determinó dirigirse

con sus bergantines, la mitad de las tropas de Coyoacán y cincuenta infantes escogidos de Sandoval, sobre México. Así lo hizo en efecto, y habiendo hecho una salida, rechazó á los Mexicanos hasta dentro de la ciudad, se acercó á los arrabales y quemó algunos de ellos. En esto notó Alvarado que por la calzada del Norte le entraban á los Mexicanos socorros: dió parte de esto á Cortés, quien mandó luego á Sandoval que se dirigiese con sus fuerzas á aquel punto, quedándoles de este modo interceptada á los Mexicanos toda comunicacion con la tierra firme.

Con quinientos Españoles y ochenta mil aliados y las fuerzas de Alvarado y Sandoval, hizo Cortés su primera entrada en México, de la que despues de haber hecho un grande estrago, se retiró por el camino de Iztapalapan, quemando las casas que á su lado se encontraban. El número de las tropas auxiliares ascendió entonces á 200,000 por la confederacion que cada día hacían nuevos pueblos con los Españoles; y Cortés con todas estas fuerzas hizo tres días despues su segunda entrada, en la que haciéndose dueño de las trincheras y de los fosos, llegó hasta la plaza mayor en que estaba edificado el templo, y de aquí volvió á retirarse con las tropas de Alvarado y Sandoval que le auxiliaron en aquella expedición. Nuevas entradas hizo luego en la ciudad, y los combates se repetían diariamente, porque Cortés verificaba siempre su retirada, no queriendo ni dejar guarniciones en las trincheras de que se apoderaba, por no esponerlos á la saña de los Mexicanos, ni acampar dentro con todo su ejército, por no quedar espuesto á sus ataques nocturnos, y sobre todo porque así les entrarían socorros, cuya llegada impedía él tambien desde su campamento de Joloc. (1) Cada día eran mayores las ventajas del ejército de Cortés sobre el de los Mexicanos: la mayor parte de las ciudades del lago que en sus continuas entradas en la capital, pudieran haberlo atacado por la retaguardia, ó por la vanguardia en sus retiradas y haberle causado grande estrago, mientras las tropas de la capital se lo causaban por el lado opuesto, vinieron á confederarse con él aumentando el número de los aliados y proporcionándole mas de dos mil barcas para que auxiliasen á los bergantines en sus operaciones. Con estas nuevas fuerzas hizo Cortés nuevas entradas en la capital, no consiguiendo en ellas si-

(1) Era una altura especie de fortificación de que desde el principio del ataque de Iztapalapan se había apoderado.

no únicamente el medio de comunicarse libremente con Alvarado que acampaba en Tlacopan. Este por su parte hizo una entrada en Tlatelolco de donde fué rechazado con gran pérdida por los hazafas de un Tlatelolqués que inflamaron el pecho de los soldados Mexicanos, haciéndoles desplegar un detenudo inaudito. Veinte días se pasaron sin que los Españoles hicieran otra cosa que repetir entradas y salidas infructuosas en la capital, al cabo de los cuales, instado Cortés por sus soldados á dar un golpe decisivo, mandó á Sandoval y á Alvarado que hiciesen una retirada falsa de su campamento de Tlacopan, para que empeñados los Mexicanos en seguirlos, él pudiese entrar por otro lado con su ejército. Alvarado y Sandoval fingieron levantar su campo: Cortés, distribuidas todas sus fuerzas, emprendió su marcha, y los Mexicanos que muy bien comprendieron aquel ardor, abandonaron al principio las trincheras, para que los Españoles se apoderaran de ellas, y cargando luego sobre ellos, les hicieron tal estrago, que los obligaron á retirarse. En su retirada, el ejército Español dió con un foso que á la vista cegado, no lo estaba sino por débiles jumcos que cubrían su superficie. Se precipitó en él, se hundió, y en aquel conflicto en que unos soldados se ahogaban, otros medio muertos salían de él á nado, y otros retrocedían espantados, entregándose en manos de los enemigos que los seguían, Cortés con voz robusta los animaba en vano; volvia á los Mexicanos, se introducía entre ellos, y con la fuerza de un Alcides los derribaba. En medio de esta confusion, un soldado Mexicano logró apoderarse del caudillo Español, á quien habrían podido haber dado ya muerte, mas de quien querían apoderarse vivo para sacrificarlo á sus Dioses; y en gran triunfo lo conducía ya para el campo, cuando Olco, intrépido soldado de Cortés, desahogado sobre su brazo tal golpe, que separándose del cuerpo, dió tiempo al general para que desprendiéndose se salvara, impidiendo así que los Mexicanos obtuvieran una victoria completa: á salvar á Cortés de aquel peligro contribuyeron tambien eficazmente Ixtlixochitl príncipe de Tezcoco y Temacatzin, esforzado Tlaxcalteca. Los Españoles se retiraron confusos, con su general herido en una pierna, y los Mexicanos volvieron victoriosos y con grande ánimo para nuevos combates. (1)

(1) La pérdida que tuvo Cortés, segun Bernal Diaz del Castillo, en ese día, fué de siete caballos, gran número de armas y barcos, un cañon, mas de mil aliados

Seguían los Españoles en su campamento repitiéndose de tan gran descalabro, y Cortés que siempre velaba sobre no permitir que los Mexicanos recibiesen socorro por ningún lado, mandó que los bergantines siguieran recorriendo los lagos, en los que tuvieron algunos encuentros con las *piraguas* de los Mexicanos que los ocasionaron á ambos, pérdidas considerables. Mandó también un mensaje al rey de México, propitiéndole la paz con la condición de que reconociese por su señor al rey de España; mas Quauhmetotzin, después de haber consultado á los sacerdotes, le contestó, que él y sus súbditos estaban resueltos á espirar antes que consentir en ser sus esclavos. En tan dura posición mandó Cortés todavía á Tápia á que auxiliara la ciudad de Quauhnahuac amenazada por los Malinqueses, y á Sandoval al valle de Toloacan á que socorriera á los Otomites que habían mandado pedirle favor contra los Matlatzincueses, presto volvieron estos con nuevos aliados de aquellos mismos pueblos que habían salido á combatir; y habiendo llegado entónces también á Veracruz nuevos refuerzos de España, se vió Cortés, como dice Clavijero, con un ejército mayor que el que Jerjes envió contra Grecia. Entretanto, Cluichimecatl, diestro general Tlaxcalés, hizo una entrada en la ciudad con sus soldados Tlaxcaltecas, funesta para los Mexicanos, quienes en venganza atacaron de noche el campo de Alvarado: los Españoles y los aliados corrieron á las armas, duró el combate tres horas, al cabo de las cuales Cortés había hecho ya una entrada en la ciudad, aprovechándose de aquella coyuntura. Viendo Ixtlixochitl, que los combates eran muchos y pocas las ventajas, aconsejó al caudillo Español que toda hostilidad se suspendiera desde entónces, hasta hacer rendir la ciudad por el hambre, para lo cual no había mas que impedir del todo la entrada de viveres. Así se resolvió á hacerlo Cortés, agradecido por tan prudente consejo; mas no pudiendo contentarse su ánimo inquieto y belicoso con la inacción, á los pocos días volvióron á romperse las hostilidades, no sin enviar ántes á Quauhmetotzin nuevos mensajes, cuyo éxito fué tan malo como el de los anteriores.

Los Mexicanos, á pesar del hambre que los acosaba, estaban resueltos á morir ántes que ceder; mas Cortés, viendo su obstinación, y

y mas de sesenta Españoles, entre los que murieron en el combate, los ahogados y los prisioneros que fueron sacrificados. Los heridos fueron innumerables.

sin dejar de admirar su constancia, se determinó entrar á en la ciudad destruyendo todas las casas, para quitar á los enemigos el refugio de las azoteas, y después de varias entradas de poca consecuencia, el 24 de julio hizo una, en que quedando en su poder tres partes de la ciudad, no le restaba ya mas que Tlatelolco, donde se habían refugiado el rey y la nobleza, para llegar al término de su empresa. El 25 se hizo dueño de una calle principal en que había un foso tan ancho, que el día lo empleó en cegarlo para poder pasar, dando en tanto lugar á los Mexicanos para que construyesen nuevos puntos de defensa á falta de las azoteas. El 26 se tomaron todos estos nuevos puntos: Alvarado se adelantó hasta dos torres que había cerca del palacio en que estaba el rey, donde se deluvo por los anchos fosos que allí habían, y de donde fué rechazado por el denuedo de los enemigos: Cortés por su parte, después de haber allanado los pasos difíciles, salvó la trinchera y el foso que le impedían la entrada al mercado, se reunió con las tropas de Alvarado, y habiendo visto que sólo una octava parte de Tenochtitlan le faltaba para hacerse dueño de ella, y movido por el estado miserable en que encontró á sus habitantes, mandó que cesasen las hostilidades é hizo nuevas proposiciones de paz, tan infructuosas como las anteriores. Al cabo de cuatro días de entera quietud por ambas partes, reiteró Cortés sus proposiciones de paz, que volvieron á ser desechadas; y no pudiendo ya tolerar tanta repulsa, dió orden á Alvarado para que entrase á fuego y sangre por una calle, mientras él se dirigía por otra. Grande fué el destrozo que en los Mexicanos hicieron aquel día (1): el pueblo, hambriento, espantado, y ya casi sin vida, vagaba por las calles implorando la misericordia de sus dioses; sus ahullidos, que llenaban los aires, llegaron á los oídos de Cortés, quien conmovido por tanta desgracia, mandó que cesara la carnicería, y se dirigió á unos nobles que guardaban una trinchera, pidiéndoles que suplicasen á su rey tuviese una entrevista con él. Aquellos nobles, que deseaban ya la terminación de tanta calamidad, se dirigieron al palacio de Quauhmetotzin con el mensaje de Cortés; mas el rey, después de varias evasivas, vino en no conceder al general Español lo que pedía, por lo que Cortés irritado y enfadado ya, reunió todas sus tropas, y en poco tiempo se hizo dueño de las fortificaciones de mas

(1) Clavijero asegura que entre muertos y prisioneros se contaron mas de doce mil.

cuantia que les habían quedado á los Mexicanos, mientras que Sandoval atacaba la ciudad por el Norte. Este fué el día en que los Mexicanos tuvieron la pérdida mayor de gente desde de la llegada de los Españoles, y en que las miserias del pueblo de la mayor ciudad de Anahuac llegaron á su colmo (1).

En fin, el 13 de agosto de 1521, después de haber distribuido en buen orden todas sus tropas y de haber mandado á Sandoval que con los bergantines guardase la salida de Tlatelolco por el Norte, se dirigió Cortés á dar el último ataque al único punto que les quedaba á los Mexicanos. Antes de proceder á él, mandó nuevo mensaje á Quauhmetotzin con proposiciones de paz: „Indújolo á esto, como dice Clavijero, no solo la compasión de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los Mexicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrian echarlos al lago, para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del país, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarían á los Españoles.“ Infructuoso por última vez este mensaje, se procedió al asalto, y los soldados de Cortés y los aliados á pesar de la orden del general hicieron una carnicería tan espantosa, aun en los hombres, mugeres y niños que se los habían venido á rendir, que quedaron muertas quinientos personas (2). Muchos nobles y el rey con toda su familia y los reyes de Tlacoacan y Tezcoco, se escaparon en *piraguas* á pesar de la diligencia de Sandoval, quien tan luego como supo su huida, mandó en su alcance á García Holguin en un ligero bergantín. Este los hizo prisioneros y los llevó á todos á presencia de Cortés. —Soy vuestro prisionero, dijo Quauhmetotzin á Cortés; y viéndole el puñal que traía en la cintura: quitadme la vida, continuó, con ese puñal, ya que no he podido perderla en defensa de mi reino.

—No temáis, valiente Quauhmetotzin, le respondió Cortés, pues sois prisionero del mayor monarca de Europa, de cuya bondad, no solo debéis esperar que os vuelva la libertad, sino el trono de vuestros mayores que tan bien ha-

beis sabido defender. Mandad á vuestros súbditos que se rindan y que salgan de la ciudad sin armas y sin carga, y las hostilidades entre Españoles y Mexicanos cesan desde este momento.

Por espacio de tres días con sus noches, las calles de Tenochtitlan se vieron llenas de hombres, mugeres y niños, que pálidos y casi moribundos, la abandonaban con el llanto en los ojos y el dolor en el corazon (3).

Así, á fuerza de constancia y valor, llegó Cortés á ver realizados sus ensueños: México quedó conquistada después de un sitio de setenta y cinco días, el 13 de agosto de 1521, el tercer año del segundo período del siglo mexicano, ciento noventa y seis años después de su fundación y á los dos años tres meses veintitres días de haber arribado á estas tierras el conquistador.

Juzgar á un hombre segun el espíritu de la época en que se recuerdan sus hazañas, y querer que estas estén en todo conformes con aquel, es uno de los mayores errores que puede cometer el espíritu humano: las ideas, los usos y las costumbres son diversas de las que fueron norma de sus acciones, y lo que entónces era una virtud, es hoy quizá un vicio; y lo que una heroicidad, un hecho comun. ¡Tal es la inestabilidad de las opiniones de los hombres! Cuando tratamos de presentar, por ejemplo, un personaje de la edad media, debemos remontrarnos á ella, revestirnos de sus hábitos é inculcarnos sus ideas para no ver en la acción bárbara hoy de dos caballeros que se desafiaban á muerte, sino una prescripción del honor; y en ellos, por consiguiente, dos almas grandes que no hacían mas que acatar la ley de uno de sus ídolos. No quiere decir esto que nos apasionemos de tal suerte, que ciegos, justifiquemos lo que en si es digno de vituperio, pues que la única utilidad de la historia consiste en las lecciones que suministra á la posteridad; mas sí que respecto de los personajes y de las cosas de lo pasado, no debemos ser tan ligeros que menoscabemos su gloria tan solo porque no obraron como deberian obrar hoy, ó porque no fueron como desearíamos hoy que fuesen. De esta ligereza, de esta falta de conocimiento de su siglo, se resentien quizá algunos juicios que se han emitido sobre Cortés, así como del defecto contrario, de una ciega pasión pecan otros.

Un célebre escritor francés ha dicho hoy, refiriéndose á lo literario, que hay tres clases de

(1) Cortés en una carta al Emperador dice, que la pérdida de los sitiados ascendió ese día á mas de cuarenta mil personas entre muertos y heridos.

(2) Bernal Diaz.

(3) Bernal Diaz.

hombres de ingenio; unos que van con el espíritu de su época, otros con el que ha vivificado siglos anteriores al suyo; y otros, en fin, que por una especie de adivinación acompañan al que dominará los tiempos posteriores al en que viven, lo cual puede también decirse de los guerreros; y en este caso, en la primera clase citaría yo á Cortés que fué del siglo diez y seis y obró según su espíritu; y en la segunda, á Napoleón que fué del diez y nueve y obró según las ideas del diez y seis.

El derecho de conquista era en este siglo derecho reconocido por todos, que se tenía además como sagrado; y el que emprendía una conquista era tenido por héroe. Cortés emprendió la de México, y en su siglo fué considerado como héroe, ¿por qué, pues, nosotros que lo contemplamos en época tan remota, le hemos de negar este título, cuando no decimos á la generación que nos escucha, imitado, sino únicamente admiramos lo que hizo en un siglo en que la fuerza era la ley suprema, así como lo diríamos hoy, que admirara al que sin el aparato salvaje de las armas, y solo con la convicción del raciocinio dominase á los hombres? Cortés como conquistador de México, es grande, porque los hombres prueban su grandeza de alma, según lo mas ó menos árduo de las empresas á que se arrojan; y si reflexionamos sobre varios de los pasajes que llevamos espuestos de su vida, veremos en cada uno de ellos confirmada la asercion anterior: fué constante, y su constancia no es quizá lo que ménos contribuye á su gloria. Por otra parte, hijo querido de la fortuna, esta le allanaba la senda escabrosa de la conquista; sin las rivalidades de las naciones de Anáhuac, Cortés hubiera perecido con su puñado de Españoles; si México no hubiera sido conquistadora, no hay duda en que no hubiera sido conquistada.

Hábil político Cortés, supo aprovecharse de estas disensiones: poco necesitó para persuadir á las naciones subyugadas que venia á ayudarlas á sacudir su yugo, y aliado con ellas, las supo hacer instrumentos de su engrandecimiento. La fortuna lo guiaba por todas partes, ¿y qué conquistador ha habido á quien esta no haya cubierto siempre con su égide?

En cuanto á los sentimientos del corazon, no se encontrará tal vez á Cortés muy limpio de tacha: su piedad será desmentida con la horrible catástrofe de Cholula, el suplicio de Xicotencatl etc.; y su gratitud con el indigno tratamiento que usó con Moctezuma; mas fácil es convencerse de que en su posicion cualquiera debía ahogar estos sentimientos para poder lle-

var á cabo una empresa que requiera un corazon de hierro. La ambicion, la avaricia lo dominaban.... ¿Quién es el hombre exento de vicios que pueda presentarse á los demas como modelo?

III.

Consumada la conquista, Cortés quiso apoderarse de los tesoros reales, para lo cual no perdonó medio ninguno, ni el de aplicar el tormento á Quauhtemotzín, y á uno de los nobles de mas importancia, (1) á quienes no pudo arancar el secreto, ni con semejantes violencias; y cuentan los historidades que despues de este suceso siempre andaba Cortés al lado de Quauhtemotzín, á quien trataba con aprecio y aun con respeto, quizá para captarse la benevolencia del pueblo, del que no dejaba de temer que se sublecase. (2) El botín lo distribuyó entre sus soldados y los aliados y reservó el quinto para el Emperador, con multitud de esclavos de ambos sexos que mandó que se marcasen con el sello real: en esto y en recibir las embajadas de las naciones de la comarca, se empleó Cortés el resto de 1521. En 1522 pasó á Coyoacán, en donde nombró el ayuntamiento de México, que residió en esa ciudad algunos años, ó hizo allí el *repartimiento* de terrenos entre sus soldados y los naturales; escribió una carta al Emperador dándole cuenta de cuanto había pasado y suplicándole que se le quedase á esta tierra el nombre de Nueva-España, y que jamas se enagenase de la corona de Castilla y declaró por un exceso de celo religioso una guerra á cuanto pertenecía á los Mexicanos que sin distincion lo destruyó todo, y con ello la gloria de la nacion Azteca. Cortés se veia falta de pólvora para continuar sus expediciones, y mandó en el acto que se sacase azufre del Popocatepetl; envió en seguida embajada con Olid y Sandoval al rey de Michoacán, quien le envió á su hermano, despues del que vino él mismo en persona á conocer á tan temible conquistador, y á prestarle obediencia. Mientras tanto Cortés proyectaba la conquista de Ibero- (3) y de Oajaca, para las que pensaba en

(1) Todos los historiadores están conformes en esto.

(2) Torquemada dice que Cortés andaba siempre con Quauhtemotzín, únicamente por participar de las demostraciones de respeto que el pueblo hacia al que había sido su rey, de suerte que en dos palabras nos convierne á Cortés en fátuo. Confieso que yo no puse á dar crédito á semejante asercion, á pesar de ser hecchia por la gravedad de Torquemada.

(3) Honduras.

Olid y en Orozco; mas ántes de esto mandó que se redifiniese México, para lo cual hizo la distribución de terrenos. Fué entónces tambien á Pánuco y á Tabasco á quitar el mando de estas provincias á Garay que la gobernaba en nombre de Carlos V, y de vuelta de esta expedicion, viendo que ya estaba asegurada su dominacion, promovió que se trajesen mugeres Españolas, ganados y toda clase de semillas de las islas y de España; prometió grandes premios á los artesanos que quisiesen pasar á México; abrió el camino de México á Veracruz; y mandó en fin, una expedicion al reconocimiento de las costas de la mar del Sur.

En esto arribó á Veracruz Cristóbal de Tápia, á quien Diego Velasquez, que como ya hemos visto, se había tornado en enemigo implacable de Cortés, mandaba con el nombramiento de gobernador de México que había solicitado del Emperador. La guarnicion de aquella ciudad le detuvo y mandó luego noticia á Cortés, quien consultado el ayuntamiento de México, mandó decir á Tápia que olvidando aquel nombramiento, pasase con su gente á poblar á Medellín, ciudad que poco ántes había fundado Cortés en memoria de su patria, en lo que Tápia, que debía de ser poco ambicioso, convino presto; mas á quien Cortés, obligado por motivos poderosos, envió luego á España. Mientras esto pasaba con Tápia, nombró Cortés á Alvarado para la conquista de Quauhtemalac; (1) y con estos acontecimientos y el hambrue espantosa que afligió á México, pasó el año de 1522.

Hasta principios de 1523, la autoridad de Cortés, dimanó únicamente de la voluntad de su ejército: el Emperador no lo nombró gobernador y capitán general, sino hasta este año en que llegaron á México los despachos de España, en donde Ordaz, Montejo, y el mismo Martín Cortés, padre del conquistador, burlando las esperanzas de Velasquez, obligaron al Emperador á que le confriese aquellos nombramientos, despues de haberle presentado los presentes que el conquistador le enviaba. En las instrucciones que el Emperador mandó entónces á Cortés, le prescribía que trabajase incesantemente en acabar con la idolatria en estos países, inspirándole á los indios ántes confianza que miedo; anuló los repartimientos que había hecho y mandó que no se hiciese esclavo á ningún mexicano, y que los que hasta allí lo habían sido, se diesen desde entónces por libres. Mandó ademas que Cor-

tés nombrara por entónces los regidores de los ayuntamientos, de los que señaló doce á México, como capital de la Nueva-España, y seis á las demas ciudades: mandó tambien que se les impusiera un tributo moderado á los indios, y que los pleitos en que se litigase una suma que no pasase de mil pesos fuesen sentenciados por Cortés, teniendo que ocurrir á la audiencia de la Ista Española, si la suma era mayor; eximió al reino de México por ocho años de las alcabalas, y por diez del quinto del oro y plata; encargó igualmente á Cortés que cultivara la verdadera grana que se decia habia en estas regiones y que mandara expediciones á descubrir si había algun estrecho que comunicara el mar Atlántico con el Océano indico (1), y por auto librado en Pamplona el 22 de octubre de 1522 se obligó á no enagenar, ni él, ni sus descendientes el reino de México de la corona de Castilla.

Cuando llegaron á México todas estas disposiciones del Emperador, hubo en el acto disensiones: los hombres de intenciones rectas aplaudieron la disposicion que volvia la libertad á los esclavos; mas los de ánimo perverso, á quienes les había tocado parte de ellos, no llevándola á bien, obligaron á Cortés á que representase al Emperador los inconvenientes que de ella resultarian. Mientras que Cortés recibia las felicitaciones por sus nuevos empleos, tuvo la noticia de que había arribado á Veracruz el Lic. Zuazo, grande amigo suyo, á quien mandó que se condujese á México para que hiciese con él veces de asesor aconsejándole en el gobierno. Llegado á México Zuazo, supo luego Cortés que Garay, á quien había quitado el gobierno de Pánuco y Tabasco el año anterior, había arribado en las costas del Norte con una armada respetable: aquel temió al principio; mas sabiendo despues que la mayor parte de los soldados habían abandonado á Garay, y que este imploraba su benignidad por conducto del Lic. Zuazo, lo hizo pasar á México, en donde lo hubiera casado, si ántes no hubiera muerto, porque consideró, que usar de misericordia para con los vencidos, es ganarse amigos verdaderos. Terminó este año con la conjuración de los Mexicanos porque no se les había puesto en libertad, como lo había mandado el Emperador, conjuración que presto ahogó Cortés, con haber mandado este á Cristóbal de Olid á la conquista de Ibero, y á Orozco á Guayacac (Oajaca), y con la apertu-

(1) Guatemala.
Tom. I.

(1) El Pacífico ó mar del Sur.

ra del camino de México á Tampico, y la construcción del Muelle de este puerto.

En el año de 1524, llegaron á México los oficiales del tribunal de cuentas que se estableció en ese año, los cuales eran Alonso de Estrada, tesorero; Rodrigo de Alborno, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y Peralminde Chirinos veedor. Estos, que vieron que lo que se decía del oro abundante de estas tierras, no estaba de acuerdo con lo que á ellos les pasaba, y que creían que Cortés era quien recogía todos los tesoros de este Nuevo Mundo, en mengua de los intereses de ellos, informaron luego contra él al Emperador, haciéndole aparecer á sus ojos mal, bajo todos aspectos. Cortés que conoció el espíritu de los oficiales reales, se preparó á la lucha; mas anduvo tardo en aprestar sus armas para combatirlos, pues cuando él mandó nueva embajada y regalo al Emperador, aquellos lo habían informado ya contra él, pidiéndole que enviase un juez pesquisidor para que averiguara la muerte de Garay que ellos se la imputaban á Cortés. Entretanto, éste que había sabido que Cristóbal de Olid, hecha la conquista de Ihuera, se había sustraído de su obediencia, impelido por un espíritu de venganza, publicó una jornada á Ihuera contra el traidor. Sus parciales trataron de disuadirle de semejante empeño, haciéndole presente que con ello se esponía á perder á México; mas todo fué en vano, porque después de haber nombrado á Estrada y al Lic. Zuazo, gobernadores de México, (quizá para ganar aquel con esto) y de haberles agrado á Alborno por consejo perverso de Salazar, á quien junto con Peralminde Chirinos y los reyes destronados de México, Tezcoco, Tlaxcopan y Atzacapotzalco, determinó llevar consigo, salió de México para Goazacoalcos, de donde habiendo sabido que al abandonar él á México, habían reñido Estrada y Alborno, mandó á Salazar y á Chirinos para que los castigasen. Allí supo que Olid había puesto preso á Francisco de las Casas, lo que le obligó á apresurar su marcha, sin saber que este venía ya á grandes jornadas por Quauhquemotlan á darle parte de que forzada la prisión en que lo tenía Olid, le había muerto alevosamente.

Mientras Cortés se dirigía de Goazacoalcos para Ihuera, pasaban en México sucesos inauditos: Salazar y Chirinos, de vuelta ya con la orden de Cortés para promover el proceso de Estrada y Alborno, quisieron hacerlo ruidosamente; mas temiendo un levantamiento, dejaron la decisión de aquel negocio al Lic. Zu-

azo, quien declaró que era voluntad de Cortés que los cinco siguieran gobernando el reino; Salazar y Chirinos no podían conformarse con que los otros siguieran frustrándoles sus designios, así es que para acabar de perderlos, por un medio diabólico, se ganaron la amistad de Rodrigo de Paz, primo de Cortés y el hombre mas poderoso de México, á quien aquel había dejado encargada su hacienda. Con esto declararon luego que los tres gobernadores quedaban privados de su empleo, lo que ocasionó un tumulto que los obligó á restablecerlos. Mas sosegado el pueblo, los depusieron en fin, y Rodrigo de Paz prendió á Zuazo, á quien envió á Medellín para que de allí pasara á Cuba, con lo que quedaron dueños del gobierno. Nuevos temores asaltaron á Salazar y Chirinos, cuando supieron que Estrada y Alborno habían salido de México, pues creyeron que estos se iban á unir con Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, grandes amigos de Cortés para venir sobre ellos. Salió Chirinos en su seguimiento y los condujo presos á México, en donde comecieron con ellos grandes tropelías, lo mismo que con los demás habitantes de la ciudad, todo á la sombra de Rodrigo de Paz. Viendo, en fin, aquellos, que el auxilio de este no les era ya necesario, proyectaron perderlo tambien, para lo cual, después de varios medios de que se valieron, esparcieron la noticia de que Cortés había muerto á manos de los indios con casi todas las tropas que había sacado de México; y viendo que esta superchería, que ellos trataron de hacer pasar por cierta haciendo honras á Cortés y mandando que se las hiciesen en los demás puntos, no podía ser desmentida, se dirigieron luego á la casa de Paz, le intimaron la orden de que les diese una suma que Cortés debía al Emperador; y resistiéndose aquel á ello le aplicaron el tormento que sufrió sin resolverse á entregar nada, por lo que lo mandaron á la horca; y para que no llegara la noticia de tantas atrocidades, ni á España, ni á oídos de Cortés, mandaron orden á los puertos para que no se permitiese, ni la salida, ni la entrada á nadie.

Esto pasaba á fines de 1524 y principios de 1525, y los amigos de Cortés que veían que el reino caminaba rápidamente á su disolución, varias veces habían intentado ya darle aviso de lo que pasaba en México; habían mandado al capitán Medina, que fué muerto por los indios en Xicalanco, y luego á Diego de Ordaz, que temeroso del fin del primero no quiso pasar adelante. Entretanto, Salazar y Chirinos seguían cometiendo tropelías inauditas: se habían echa-

do sobre los retraídos de San Francisco (1), por lo que Fr. Martín Valencia, juez eclesiástico, fulminó entredicho sobre la ciudad y salió para Tlaxcala de donde volvió presto, pues los gobernadores, intimidados, lo llamaron. Estas turbulencias hubieron continuado, si Cortés no hubiera acelerado su vuelta á México, á consecuencia de haber tenido noticia de ellas por el capitán que con pliegos de Zuazo mandó á Honduras la Audiencia de la Isla Española que había sabido la noticia falsa de su muerte. Mas antes de pasar adelante, diremos, que Cortés en su viage á Ihuera dió muerte á Quauhquemotzin, juntamente con los reyes de Tezcoco, Tlaxcopan y Atzacapotzalco (2). Salió Cortés de Ihuera en el mismo buque que le llevó noticias de México, habiendo enviado antes á Sandoval por Quauhquemotlan, y á Doñaules su page con pliegos en que revocaba el nombramiento de Salazar y Chirinos; y él se embarcó en el mismo buque que le había llevado noticias de México; mas el mal tiempo alargó extraordinariamente su navegación, retardando su llegada. Entretanto la noticia de la sublevación de Oajaca, obligó á Chirinos á abandonar á México y dejar solo á Salazar en el gobierno. El pueblo se amotinó al ver que quedaba con el mas cruel de los dos; los retraídos de San Francisco formaron luego el proyecto de quitarle el mando, proyecto que llevaron á cabo después de varios motines. Salazar fué puesto preso, y Estrada y Alborno volvieron á apoderarse del gobierno.

Llegó en fin Cortés á México, donde se encontró con nuevas gracias que sus procuradores en la corte habían solicitado del Emperador para él; desdicho cuanto Salazar y Chirinos habían hecho, y el 2 de julio de 1526, recibió á Ponce de Leon, á quien el Emperador le mandaba de juez de residencia con orden de examinar todas sus acciones, movido á ello por los informes que los anteriores gobernadores le habían dado de Cortés. Recibió este al nuevo juez con agrado y le hizo dimisión de su cargo con buena voluntad; mas Ponce de Leon murió á poco, dejando su cargo al Lic. Márcos

[1] Estos se habían ido á guarecer á San Francisco en los días que se sublevó México por la deposición de Estrada, Alborno y Zuazo.

[2] Accion bárbara que aun el mismo Gomara le vituperó á Cortés. Este refiere el hecho á su favor; mas casi todos los historiadores opinan que no tuvo razones suficientes para hacerlo, y que obró en esto con una ligereza que siempre será reprobada por todo hombre sensato.

de Aguilar, quien habiendo muerto tambien muy pronto lo depositó en manos de Estrada. Este, (1526) viéndose ya con el mando supremo, le declaró una guerra encarnizada á Cortés; lo acusó en la corte de haber envenenado á Ponce de Leon; puso en libertad á Salazar y á Chirinos, es incansable su odio contra Cortés, le hacia nuevas imputaciones. Cansado el Emperador de tantas quejas, nombró, en fin, una Audiencia, cuya jurisdicción se extendiera á todo lo que hasta allí era llamado Nueva-España. En esto llegaron á México bajetes de España, en que salieron procuradores de los émulos de Cortés con nuevas acusaciones contra él, de tal naturaleza, que se trató en España de mandar á Pedro de la Cueva, hermano del conde de la Sirena á que le cortara la cabeza; mas dió la casualidad que en ese tiempo llegara á Sevilla Pedro de Alvarado, que junto con Fr. Diego Altamirano y Pedro de Salazar, pasó á desmentir cuantos cargos se le hacían al conquistador. En esto Niño de Guzman, que era ya poseedor de la provincia de Panuco, por resentimientos particulares contra Cortés y Estrada, mandó á la corte á Samaniego con nuevas acusaciones, de las que resultó que lo nombraran presidente de la nueva Audiencia.

Así paso el año de 1527; en el siguiente, el Emperador, que no hallaba medio para sacar á Cortés de México y hacerlo pasar á España, para cerciorarse de si en lo que decían los otros tenían justicia, le mandó que pasase á la corte para acabar de arreglar el gobierno de Nueva-España. Así lo hizo Cortés, y después de prevenida una embarcación soberbia, salió de Veracruz, y antes de que los nuevos oidores se hicieran á la vela entró él en el puerto de Potosí, donde murió Sandoval. Allí concurrió con Pizarro, y allí le atacó una fiebre violentísima que lo puso en las puertas del sepulcro y retardó su llegada á la corte. El Emperador lo visitó en su enfermedad, de la que restablecido, le presentó sus memoriales; se le confirmó en la capitania general, mas en la gubernación, pues se negó á ello el Emperador alegando que ni á Gonzalo de Córdoba se le habían concedido sus abuelos en Nápoles: se le concedió el 6 de julio de ese año el marquesado del valle de Oajaca, y la duodécima parte de lo que en adelante conquistase; se le ofreció además el reino de Michoacán; mas él rehusándolo se contentó con el señorio de los lugares siguientes: *Quauhnahuac, Huayacic, Tecoahtepac, Coyacuán, Malalzinco, Atzacapaya Itocan, Huatepec, Utlatepec, Etlan, Xolapan, Texquillapa, Coyacuán, Calimaya, Antepac, Te-*

poztlán, Cuittapan, Acapitlan é Ixcalpan. Hizo otras muchas peticiones á Carlos V, todas las cuales le fueron otorgadas.

La nueva Audiencia habia llegado á México y se habia declarado luego contra las disposiciones que en favor de Cortés diera el Emperador, embargaron sus bienes so pretexto de que debia grandes sumas al erario, y habiendo sabido entónces la buena acogida que le habia hecho el Emperador, convocaron en 1529 una junta, á la que vinieron los procuradores de todo el reino, y que tenia por objeto impedir la vuelta del marqués. Reunida esta junta comenzó sus sesiones; mas viendo Nuño de Guzman que los partidarios del marqués todo lo retardaban, entró un día á la sala en que se reunían, y habiendo echado á aquellos, nombró á Bernardino Vazquez de Tapia y Antonio Carbojal procuradores de México, con lo que hicieron luego una representacion al Emperador, en que entre otras varias peticiones, le hacian la principal que era que impidiese la vuelta del marqués, cuyos bienes habian vendido ya apresuradamente. Mas por otro lado los obispos de México y de Tlaxcala informaron al Emperador de que todo aquello no era mas que enemistad que le tenían al marqués, y de las tropelias sin número que estos cometian diariamente. Con todo esto, el Emperador se desengañó de que la mayor parte de las acusaciones que se le habian hecho contra Cortés no habian provenido sino de envidia: le dió nuevas muestras de su agrado; mandó disolver la nueva audiencia; le concedió la duodécima parte de las islas que se descubrieran, y le hizo nuevas donaciones. El marqués por su parte solicitó nuevas mercedes, las que habiéndole sido concedidas, se encaminó para Sevilla con su esposa Doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilár, pues se habia vuelto á casar esta vez, muerta ya su primera muger Doña Catalina Xuarez.

Era ya tal el número de las acusaciones que contra Nuño de Guzman, presidente de la Audiencia, y contra los otros oidores llegaban al Emperador de casi todos los puntos de la Nueva-España, que le determinaron á disolverla; mas como en este tiempo estaba para partir á Flándes, dejó aquel encargo á la Emperatriz. Esta señora, nombrada la nueva Audiencia, cuyo presidente lo era D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la isla española, mandó que se estableciese un virreinato en Nueva-España, para el que nombró á D. Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar, y dió orden al marqués del Valle para que no aban-

donara á España hasta la salida de la nueva Audiencia. El marqués no obstante esto, volvió ántes á México, en donde Guzman y los oidores seguian gobernando tiránicamente, y su vuelta causó gran júbilo.

Por esta vez el marqués tuvo nuevas disensiones con la Audiencia que habia entrado en México ya sin su presidente; mas á la llegada de este y del virey D. Antonio de Mendoza, calmáron aquellas. Desde entónces Cortés se ocupó esclusivamente en mandar expediciones á nuevos descubrimientos; mandó una al descubrimiento de las islas de la mar del Sur, la cual se perdió, y habiendo mandado luego otra en su busca, cuyo éxito fué casi tan infeliz como el de la primera, se determinó á salir él mismo. Se embarcó en Tehuantepec, y despues de una navegacion penosísima, descubrió las Californias y entró en su golfo, por lo que este tomó el nombre de *mar de Cortés*. De aquí volvió á México instado por D. Antonio de Mendoza, y por los ruegos de su esposa la marquesa Doña Juana de Zúñiga; y viendo que con el establecimiento del nuevo gobierno su autoridad era ya casi nula volvió á España en 1540 con su hijo el mayorazgo, y con D. Martin Cortés su hijo natural habido en Doña Marina, fastidiado y casi obligado á hacer aquel viaje, con el objeto de interesar al comendador Cobo y á Loaliza para que solicitasen del Emperador nuevos ensanches á su autoridad en la Nueva-España. Estando allí concurrió á la expedicion de Argel, de vuelta de la cual, y ya por los años de 1547, abandonó la corte, cansado ya de no conseguir nada en ella. Con el designio de volver á México se dirigió á Sevilla; mas á una legua de distancia de esta, en un lugar llamado Castilleja de la Cuesta, murió el 2 de diciembre de 1547: así acabó el mayor conquistador del Nuevo-Mundo, devorado por el fastidio y el despecho, y dejando una sucesion que se ha perpetuado hasta nuestros dias. De su testamento hablaremos en otro lugar.

Mandó que sus cenizas se trajesen á su *my amada villa de Coyacán*: así se efectuó, y de aquí pasaron al Hospital de Jesus de esta ciudad, en donde permanecieron, hasta que un *Mexicano* fué á turbar su reposo para mandarlas á Europa: ignoro si la accion de este mi compatriota dimanaria de odio al conquistador ó de amor á su descendencia.

Bernal Diaz del Castillo, nos ha dejado el siguiente retrato de Cortés, á quien no solamente conoció, sino que trató desde su salida de Cuba hasta su segunda vuelta á España: "Fué (Cortés), dice, de buena estatura y cuerpo, y



EL IROQUÉS.

bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre: y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto, y la espalda de buena manera; y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados; y era buen ginele, y diestro de todas armas, ansi á pié, como á caballo, y sabia muy bien mearlas, y sobre todo, corazon y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando manco en la Isla Española, fué algo travieso sobre mugeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecia, mas cubriáncelo las barbas: la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, ansi en su presencia y meneo, como en pláticas y conversacion, y en comer, y en el vestir, en todo daba señales de gran Señor.

Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especialmente con los que pasamos con él de la Isla de Cuba la primera vez.
 Cuando juraba: „en mi conciencia,” y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos, le decia: O mal pese á vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado arrojaba una manta, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningún capitan, ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala; y aunque habia materia para ello, lo mas que le decia era; callad, ó idos con Dios, y de aqui adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra.
 y siempre en las batallas le ví que entraba en ellas juntamente con nosotros. Hasta aqui el sincerísimo Bernal Diaz del Castillo.
 Enero de 1544.—R. 1. ALCARAZ.

EL IROQUÉS.

A MI AMIGO PEDRO GUILLET.

Qué libre que nací; todo risueño se oslenta, y libre en rededor de mí; hombres y campos, sin Señor, sin dueño... todo respira libertad aquí...

Al airo libre en la escarpada sierra tengo plantado mi tranquilo hogar; rota en gréttas la fecunda tierra vienen sus frutos á mis pies á dar.

Aqui no hay torpes engañosos magos de traje astuto y de mentida fé, que habiten misteriosos nuestros lagos alli espantando al que en su Dios no cree.

Tampoco altivos y ambiciosos reyes que alzen soberbios su triunfante voz; ni amos, ni siervos, ni ambicion, ni leyes, engendro vil del despotismo atroz.

No; no hay mas leyes que el peñasco airoso dó se alza incomprensible *Manitú*... (1) ¡ay! yo te adoro, Canadá espacioso, porque haces libres á tus hijos tú!...

(1) O el Señor de la vida del hombre. Peñasco casi de forma humana en el cual se paraban los Iroqueses para hacer sus ofrendas.

Bello es mirar desde tus altos montes
tus hondos valles de estension sin fin;
el tal de tus opacos horizontes
de tu eternal neblina en el confin.

De tu pálido Sol á los reflejos
ver del Ontario inmóvil el cristal;
y ver en tus tinieblas y á lo lejos
del Niágara el zumbido sepulcral.

Mirar hundirse despenado en un rio
en el abismo del lodoso Erié:
allá el Misuri y el sonante Ohio
cual brazos que descege el Meschabé.

Y oír de un monte en la elevada altura
los sonos de algun líbrico danzar,
y del saugriente valle en la espesura
los ecos de un fatidico cantar....

Todo en contraste singular unido,
al grito santo que tus libres dan,
y en medio ¡oh Canadá! de tu ruído
la eterna proteccion de mi Totam.... (1)

Ya se alza en la llanura la fogata
que alumbrará el festin;
sus llamas, del color de la escarlata,
cráneos consumen sin cesar allí.

¡Sus, Iroqueses! de la hoguera en torno
fantásticos danzad,
y vuestras pieles, al calor de su horno,
de sangre humedecidas, calentad.

El afilado tomahawk, al cinto
se ostenta triunfador;
si es que aun con sangre se encontrare tinto,
secado, de esta lumbre á la calor.

Llebad cien arrancadas cabelleras
de vestidura en vez;
y do se ablanden vuestras almas fieras
al rechinar de su morena tez.

(1) O espíritu favorable. Que so los representa en la figura de alguna fiera, por lo que se precaven de matar aquel animal que creen su Totam.

El Delaware con cauleloso paso
celoso del festin,
veloz acude, y se promete acaso
la sangre vuestra por mejor botin.

Que venga; que la fúnebre fogata
que alzó vuestro valor,
mas roja que el color de la escarlata
aun brilla viva en su primer color.

Mas no; al olfatto de los secos cráneos
que á consumirse van,
medrosos huyen, y hondos subterráneos
para ocultarse fabricando están....

Pendientes de sus hombros las aljabas;
al brazo los mortíferos mosquetes;
bien aguzadas las sangrientas clavas,
bandada de beligeros ginetes
sobre su presa descuidada cae.

Gritos lanzando de venganza y guerra;
impreso el odio en la morena cara,
ningun peligro en su valor le aterra,
que atados al extremo de una vara
Huesos humanos por banderas trae.

¡Sus, Iroqueses, sus! antes que aleve
rasgue su arpon vuestro esforzado pecho,
témpanos duros de cuajada nieve
de pronto amontonad, y aquí, en acecho,
fingid astutos que á placer dormis.

Cual tigre, de su presa antojadizo,
y ocultos bien, con la neblina espesa,
al pic de estas montañas de granizo
veloces acudid, que ya atraviesa
por la llanura, incanto el Abnaquis.

Esa es vuestra racion:.... ¡a ella, milanost!...
bajad sin orden, en tropel.... ¡a ella!...
vengadores al fin, de mil hermanos,
veloces, como rápida centella,
á devorarla en la llanura entrad.

COMBUSTION HUMANA ESPONTÁNEA.

Se da este nombre á un género particular de combustion, en el cual el cuerpo humano es inflamado mas ó ménos completamente por el contacto, ó simplemente la aproximacion de un cuerpo en ignicion, cuyo volúmen es generalmente muy pequeño respecto al de las partes quemadas.

Aunque el epíteto de espontánea debiera restringirse á los casos en que la combustion se produjera sin la intervencion del fuego esteriormente, de lo cual solo existe uno observado por Mr. Bubbe-Lievín, de que nos ocuparemos despues, la esperiencia ha acreditado que todos los órganos de la economía presentan una resistencia considerable al fuego, de manera que se necesita gran cantidad de combustibles para reducirlos á cenizas; mas en la clase de combustion de que tratamos, es muy notable que la causa determinante haya sido la llama de una vela ó de una lámpara, las brasas de un braserillo ó de una chimenea, etc., que se han encontrado colocadas cerca del individuo, lo cual, si se requiere, puede haber dado origen al incendio, mas no es capaz de mantenerlo ó avivarlo, al grado de producir la incineracion de la totalidad del cuerpo en muy pocas horas. Esto nos hace admitir en los órganos de los individuos que han sido victimas de esta especie de quemaduras, cierto estado particular que los hace mas inflamables y aptos para alimentar por sí solos la combustion, y esto es lo que caracteriza esencialmente la combustion espontánea y la distingue de las quemaduras comunes; por lo que creemos que esta denominacion á pesar de no ser rigurosa puede aplicarse al fenómeno que vamos á estudiar.

La combustion espontánea se ha verificado en diferentes lugares de Europa, pero esencialmente en los climas frios y en el rigor del invierno: en nuestro pais no se conoce hasta ahora ningun ejemplo. De los veinte casos reunidos por M. Devergie en su Medicina Legal y á los cuales se debe agregar uno que hace el objeto de un artículo publicado en el tomo 2.º del periódico de la Academia de Medicina de México, observado por el

Dr. Joly en que las victimasson dos, se deduce que las causas predisponentes son: el abuso de los liciores, la edad avanzada y el sexo femenino. Primero, de los veintidos sujetos citados, diez y ocho abusaban hacia mucho tiempo del aguardiente; y de los otros cuatro si no se dice lo mismo, tampoco se afirma lo contrario. Segundo, excepto una muchacha de diez y siete años en la cual la combustion hizo poco estrago, todos los otros se hallan comprendidos entre cincuenta y noventa años. Tercero, diez y siete de estos individuos pertenecen al sexo femenino y solo cinco al masculino: mas adelanté procuraremos explicar la influencia de estas dos últimas causas. Algunos autores miran tambien como predisponente la estrema gordura; sin embargo de que varios individuos atacados, han sido sumamente flacos.

Se tiene como causa ocasional ó determinante, el contacto ó solamente la aproximacion de un cuerpo inflamado como una lámpara, una bujía, una pipa etc., y se dice que sin esta circunstancia el fenómeno no puede verificarse. En efecto, en todos los casos auténticos conocidos hasta el año de 1838, las victimas se han encontrado cerca de uno de estos focos; mas M. Devergie cita el caso siguiente observado por M. Bubbe-Lievín, en el cual segun este profesor, la combustion se ha verificado sin el auxilio del fuego. «A fines de octubre de 1839, Mr. Bubbe-Lievín cirujano ayudante mayor en el ejército de Africa fué llamado para ver á un moro Abdallah-Ben-Ali, hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, muy grueso y que abusaba de los liciores, al cual encontró en un estupor profundo, la cara y los ojos encendidos, el pulso fuerte y lleno: en este estado se habia hallado tendido en un lugar público. Estos accidentes desaparecieron á merced de dos sangrias abundantes, aplicaciones de sanguijuelas al cuello y baños de piés con mostaza, de modo que á los dos dias el hombre estaba en convalescencia; mas apenas se hubo restablecido, volvió á sus hábitos de embriaguez, pasando varios dias fuera de su casa. Al cabo de un mes de esta vida desarreglada Mr. Bubbe-Lievín, fué llamado por el padre del enfermo para ser tes-

tigo de un espectáculo horrible. Yacia en el suelo el cadáver del moro consumido en los tres cuartos, negro, carbonizado y exhalando un olor infecto de aceite quemado; los miembros y una gran parte del tronco hasta el cuello habían sido consumidos. Este infeliz fué llevado á su casa ébrio como de costumbre y se acostó; á la media noche su padre despertó por el olor de quemado, acudió al punto y encontró á su hijo en presa de dolores atroces: se quejaba de una sensación interior de quemadura; se le hizo beber agua y se roció con ella, mas en vano; una llama azulada se paseaba por todo su cuerpo y le ocasionaba quemaduras terribles." Si como asegura el autor de la observación, ningún cuerpo inflamado se hallaba cerca del moro en el momento del accidente, este caso, aunque único, prueba la posibilidad de una combustión espontánea en todo el rigor de la palabra, es decir, determinada por un trabajo orgánico interior hasta ahora inexplicable, pero que no puede dejar de admitirse.

Según la relación de los individuos que han sobrevivido, la invasión del mal se hace sentir generalmente por un calor muy vivo en una parte mas ó ménos estensa del cuerpo, la cual se ve cubierta de una llama azulada que se propaga con mucha rapidez. Otros han sentido un fuerte golpe comparable al que determinaría la descarga de una máquina eléctrica: la llama aunque poco elevada, resiste á las efusiones de agua fría, y ordinariamente no desaparece hasta la completa destrucción del cuerpo que en una ó dos horas deja convertido en un pequeño monton de cenizas.

Frecuentemente son respetados, ya los pies, las manos, la cabeza, el cabello etc., quedando entre estos resios algunos huesos del tronco convertidos en un carbon ligero y fétido. Durante la combustión se percibe un olor fuerte y muy desagradable como de cuerno quemado, y se ve desprenderse de la víctima un humo negro y espeso que se adhiere á los objetos vecinos bajo la forma de hollín untoso al tacto y de un olor de quemado: tocando con el dedo la parte inflamada queda aquel cubierto de una materia grasa que continúa ardiendo. Es muy notable que los muebles colocados cerca del cadáver y aun una parte de sus vestidos, se encuentran intactos en la mayoría de los casos, y es inconcebible como en un hecho referido por Mr. Devergie que se verificó en un clérigo de Florencia, se inflamaron completamente la camisa y el collar del paciente, y se conservaron los cabellos y un pañuelo que se habia puesto entre la camisa y la espalda.

Mas la combustión humana espontánea no siempre es general: se limita algunas veces á una región poco estensa, como los dedos, una mano, el brazo etc., que ó bien carboniza completamente, ó solo forma una escara mas ó ménos profunda, á cuya caída sucede una úlcera curable. Como fenómenos generales se han presentado el delirio, una sed ardiente y convulsiones. La putrefacción hace progresos rápidos, y se ha visto comenzar aun antes de que el enfermo haya exhalado el último suspiro.

Conocidos estos fenómenos, vamos á discutir rápidamente las teorías emitidas sobre su explicación. Mr. Dupuytren admitiendo la influencia de la embriaguez en esta especie de combustión, la mira como un incendio común, y dice así: „He aquí como debe verificarse el hecho mas comunmente; una muger entra á su casa despues de haber tomado una cantidad mas ó menos considerable de licores espirituosos, hace frio, y para resistir al rigor de la estación, enciende fuego, se sienta en una silla y coloca un brasero debajo. Al esturp producido por los licores se reune la sofocación determinada por el carbon: en este estado el dolor se cambia en insensibilidad completa; el fuego inflama y consume los vestidos, la piel arde, la piel carbonizada se hiede, la grasa se funde y escurre, quedando una parte derramada en el suelo, mientras el resto sirve de pábulo á la combustión; á la vuelta del día todo está consumido." Ademas este profesor atribuye la llama azulada á una fosforescencia semejante á la que se desarrolla en los cadáveres en putrefacción.

Respetando las opiniones del profesor Dupuytren, creemos que su teoría en esta materia, no está conforme con los hechos. Se sabe cun difícil les era á los antiguos reducir á cenizas los cadáveres de sus deudos colocados sobre una hoguera y rodeados de una gran cantidad de materias combustibles: ¿pues como concebir que la inflamación de los vestidos (aun suponiendo que sea completa, cosa que no siempre se verifica), sea capaz de consumir en un tiempo tan corto el cuerpo de una persona. Se dice que la combustión es alimentada con la grasa; mas entre las víctimas ha habido varias en un estado estremo de enflaquecimiento; y por otro lado, la llama de la grasa es blanca y muy elevada, y la que se presenta en la combustión espontánea es azulada y pequeña. Ademas, los muebles inmediatos al cadáver y aun la silla en que estaba sentada la persona durante el incendio, han quedado intactos ó ligeramente atacados por el fuego,

lo que no se concilia con la intensidad de este, necesaria para la total y rápida incineración del cuerpo en una combustión ordinaria. Por último, esta se hace cesar generalmente con facilidad, y la otra resiste singularmente á los medios empleados para suspender sus progresos.

Mr. Mare admite la combustión espontánea en el rigor de la palabra, y la explica suponiendo primero, el desarrollo en el interior del cuerpo de un gas inflamable el cual se acumula en las celdillas del tejido celular y en las cavidades del tronco; segundo, un estado que él llama *ideo-eléctrico* susceptible de determinar la inflamación espontánea del gas. Se funda en que varios autores aseguran haber visto estos eructos inflamables en personas que abusaban de los licores, y chorros mas ó menos grandes de llamas, salir por las incisiones hechas en cadáveres de hombres ó de animales. Una vez admitida la presencia de estos gases en la economía, su inflamación se determina fácilmente por la electricidad. Existe en el individuo, dice M. Mare, cierta disposición que él llama *ideo-eléctrica*; si por una causa cualquiera se desarrolla una chispa en un punto del cuerpo, esta se propaga rápidamente á todo él y produce la combustión general antes de que la persona haya tenido tiempo para pedir socorro.

Esta teoría, aunque ingeniosa, no pasa de una hipótesis. Porque, primero, el desarrollo en la economía de los gases que supone M. Mare, solo puede ser el resultado de una enfermedad, y su acumulación bajo la piel no podia dejar de manifestarse, cosas que no se han notado en los que han sido víctimas de la combustión espontánea: así es que en los casos citados para apoyo de su opinión, la formación de esos gases inflamables ha sido sin duda un efecto cadavérico. Segundo, en uno de los casos de combustión espontánea parcial verificada en una muchacha de Hamburgo, hubo lugar de hacer algunas experiencias para saber si durante la combustión se desprendia fluido eléctrico ó algun gas apreciable por los instrumentos y dice Mr. Breschet (*Diccionario de Medicina* segunda edición, tomo 8.º página 425): „La mano izquierda (era la parte atacada) ofrecia siempre un calor singular; la palma y los dedos no podian soportar el mas ligero contacto sin mucho dolor; el termómetro colocado en esta mano, señalaba veinticinco grados, y solo diez y siete en la derecha. Se hicieron muchas experiencias con materias combustibles; pero sin resultado, y los mejores electrómetros puestos en contacto con la enferma colocada sobre un as-

lador, no produjeron ningún efecto." Sin embargo, no se puede dejar de admitir cierta analogía entre algunos de los fenómenos de la combustión espontánea y los que determina la electricidad en movimiento: tales son, primero el golpe sentido por algunos individuos en el momento de invasión, comparable á la descarga de una fuerte máquina eléctrica; segundo, la rapidez con que los cadáveres entran en putrefacción, cosa que se ha notado en todos los de las víctimas de un rayo: por lo cual sin adoptar en su totalidad la opinión de Mr. Mare, nos inclinamos á creer que el fluido eléctrico desempeña un papel muy importante en la producción de las combustiones espontáneas.

La tercera teoría que se ha formado consiste en suponer que en los individuos que hacen un grande abuso del aguardiente, este es absorbido y transportado á todos los tejidos: cuando por algunas circunstancias fáciles de determinar, la exhalación exterior no es proporcional á la absorción interior, aquellos quedan impregnados, y por decirlo así, saturados del líquido y susceptibles de inflamarse por la menor causa. Esta hipótesis, que es la mas generalmente adoptada, se presta á la explicación sencilla de todos los fenómenos. 1.º La combustión espontánea se presenta casi siempre en invierno y en los países frios; pues en estas circunstancias la transpiración cutánea es casi nula, especialmente en los viejos. 2.º El sexo femenino es mas frecuentemente atacado que el masculino; las mugeres se entregan á la embriaguez, lo mismo que á cualquiera pasión, con una voracidad que no es comun en los hombres, y usan de preferencia licores que confienten mucho aguardiente. 3.º Es mas ordinaria entre los cincuenta y noventa años; esta es la edad en que especialmente en las mugeres predomina aquella pasión. 4.º La llama que se presenta en la combustión espontánea, es de un color azulado; igual es el de la llama del aguardiente.

Se objeta sin embargo que no es posible que una substancia ingerida en el estómago y sometida á la acción de las visceras digestivas, pueda ser transportada con todas sus propiedades á los demas órganos de la economía; mas esta posibilidad está probada para una porción de cuerpos, tales como el alcanfor, el éter etc., y respecto del aguardiente muchos autores dignos de crédito han percibido su olor característico en las carnes de los individuos muertos á consecuencia de la embriaguez. El estómago, dice M. Breschet, no elabora todas las substancias que se le confían, pues que al-

gunas llegan al tejido de nuestros órganos con sus propiedades." Con todo, hay una razón para no admitir como necesaria la influencia del aguardiente en la combustión espontánea, y es el haberse verificado este accidente en una persona que jamás hacía uso de él: la muchacha de Hamburgo de que hemos hablado.

Tales son las principales opiniones que se han emitido sobre el desarrollo de la combustión humana espontánea: después de la discusión en que hemos entrado, creemos que admitiendo su posibilidad como una verdad demostrada, los conocimientos fisiológicos, físicos y químicos que hoy se poseen, no son bastantes para dar una explicación satisfactoria.

El estudio de las combustiones espontáneas no es un objeto de pura curiosidad, el médico legista puede ser consultado por la autoridad para decidir si una persona quemada lo ha sido por este singular accidente. Los datos necesarios para formar su juicio lo tomará de la edad, el sexo, los hábitos y demás circunstancias del individuo, del tiempo que duró el incendio, del estado del cadáver y de las partes respetadas por el fuego, de la alteración de los muebles y demás objetos que se hallen en la habitación y del color de la llama, si puede averiguarlo; pues debe tener presente que este accidente ataca de preferencia á las mujeres avanzadas en edad y que se entregan á la embriaguez; que en una combustión ordinaria se

necesita mucho tiempo y gran cantidad de combustibles para la total incineración del cuerpo, mientras que en la espontánea todo pasa con mucha rapidez: en la primera el fuego destruye completamente los miembros y respeta generalmente el tronco; en la segunda sucede lo contrario: en esta el suelo y los muebles quedan cubiertos de hollín untoso y fetido; en aquella son comunmente destruidos y no hay residuo de grasa.

Tampoco pueden confundirse las alteraciones que produce la combustión espontánea con las que origina un rayo, porque los cadáveres de las víctimas de este jamás se encuentran reducidos á cenizas sino solamente surcados por quemaduras superficiales; y la muerte es acompañada de otras circunstancias que bastarán para caracterizarla.

Por último, el práctico puede ser llamado en el momento del accidente para contener sus progresos; mas como lo poco que se sabe sobre su naturaleza no permita emplear un medio racional, parece que lo mas á propósito será sumergir al enfermo en un baño, ó si esto no se proporciona, cubrirlo con algún cuerpo que impida la comunicación con el aire atmosférico, tal como arena, tierra, etc. en seguida se administrarán bebidas ácidas en abundancia, y las quemaduras que resulten, se tratarán como una quemadura común.

ARTICULO INSUBSTANCIAL.

Con los brazos apoyados sobre una mesa, los dedos entrelazados formando una especie de visera en la que recargaba mi frente, pensaba yo... no sabía qué pensaba; lo que habrá sucedido á mis lectores millares de veces, que estando enagenados, ó sin estarlo, preguntados en qué piensan ni á sí mismos saben qué responderse: tal me hallaba de afligido. Oh! y con razón, tenía que escribir y no sabía qué... en fin, maquinalmente me recargué atrás, meti mano á la bolsa, no para sacar dinero, que pocas ocasiones y en pequeñas cantidades suele acompañarme; ya se ve, mi carrera lo acredita, aunque en la literatura como en la política hay también su *juste milieu*. Porque cuando sobra

el dinero faltan las letras, y cuando falta aquel se entrega uno con lezon á estas; pero á mí, ¡desgraciado! me ha tocado en suerte pertenecer al *juste milieu*, porque nací con dinero y sin talento, y ahora me hallo sin uno y sin otro. Meti, pues, como decía, mano á mi bolsa y saqué un cigarro, lo destorcí, le alojé el tabaco que estaba apretado en demasía, lo volví á torcer dándole una curvatura, lo tomé con la mano derecha, lo dirigí á la vela y por supuesto lo lo encendí; apenas me lo quitaba de la boca que estaba ya llena de humo y ¡qué bella idea me vino á las mentes...! Y luego dirán que el tabaco es malo sacando á uno de tan grandes apuros. A lo menos en cuanto á mí

se decir que no es esta la primera vez que me sirve de consultor. Le encuentro todas las ventajas que á la música: despierta como esta las ideas, y corrobora los sentimientos de que se halla poseído el espíritu.

Pero ¿adonde iré á parar con tanta charla que maldito el interés que ofrece? Nada de descubrir la idea que me produjo el cigarro: ya vamos allá, no hay que cansarse. Digo, pues, que el cigarro ha hecho que me ocurra lo que deba escribir.

Lo pasé de la mano derecha á la izquierda, aunque de cuando en cuando me hacía llorar el humo que se introducía en mis ojos; tomé una pluma, ya se deja entender que mojada en la tinta, la que por cierto no era muy buena; llevé la mano al papel, y díjela: corre por donde gustes, salga lo que... ¡chiton! ¡qué vas á hacer majadero? ¡así se escribe al público? decía para mí coleteo, que luego reflexionando, veía cuán triste es la condición de un periodista.

En el momento en que ménos se lo piensa tiene V. que se le encaja el Editor.—Señor mío, el material del número tantos debía estar ya en la imprenta, si no, el periódico no sale el día que se ha prometido: ¡desgraciado de mí! ¿cómo aquí en aprietos, sin saber como salir del paso.—¿Qué escribiré?... Bien, le digo entretanto al impresor, ya estoy en lo que V. dice, dentro de un momento está allá el original—esto es, para el impresor, para mí no hay nada, voy ahora á pensar.

Vaya, pues, formaré un artículo de historia, ¡miserable! ¿qué vas á hacer? ¿qué datos tengo para escribir sobre este ramo...? he de referir hechos, y no creo deba fiarme en mi memoria, porque eso y escribir mentiras es todo uno; diría que D. Pedro el cruel libertó á la España del yugo sarraceno... que Francisco I derrotó en Pavia á Carlos I ó V si se quiere, que todo es lo mismo. No; es necesario irse con tienpo, porque de otro modo tendremos que sostener una polémica, en la que no saldria yo bien jugado. Así no hay mas que recoger datos, ¿pero de dónde? nuevo aprieto. Libros yo no tengo, tal estoy de alcanzado: mis amigos... ¡oh! eso sí ya es otra cosa; pero debo volvérselos al momento, no podré ver sino la carátula, la pasta... Vamos á una biblioteca: después que los días festivos no se abren las únicas dos públicas que tenemos en México, el día de trabajo, y eso en una apénas por la mañana, es decir, cuando estoy precisamente ocupado, como creo que sucede á los demás, pido una obra...—sí está prohibida—buena es esa... ¡y en la calle se encuentra en las manos de los niños... pido otra,

las de Quevedo... lo mas interesante tachado, en fin, no con todo se verifica lo mismo. Esto es en Catedral, que si voy á la Universidad, mayores son mis trabajos, se entiende ademas de estos.—Señor Doctor, me dirijo al Bibliotecario, me hace V. favor del... Mariana, por ejemplo.—Vea V. al Vedel—¿qué quería V.? me dice prontamente este.—El Mariana.—Voy á buscarle el índice: después de tenerme en un cuarto de hora bien pasado, se dirige á un estante, toma unas llaves, sube una escalerilla de madera, abre otro estante, saca de él un libro, me lo trae.—Aquí lo tiene V. medice.—Registro... Comentarios de S. Gerónimo.—¡Diable! no era eso lo que pedía:—Pues entonces está errado el índice; vuelve á buscar y me trae á *Campomanes, tratado de la Negalia*.—No es esto hombre, ¡por Dios!—Vea V. el índice, me replica, vuelve tercera ocasión y otra infinidad volvíera, y nada logrra: me presenta al *Conde de la Cañada, huceros de fuerza*.—No hallo otro, ¿será este?—Sí, sí, el mismo, defémolo por la paz me digo, y como tengo un tantico de prudente no quiero ya mas molestar, y pase por fatiga, me quedo con lo que me dan.

Pero ya supongo que he adquirido datos para escribir sobre historia, ¿qué contentará á los suscritores? ¡Ah! si los hechos cansan, ¿qué nos importa saber lo que pasó en tiempo de los aztecas? si fueron malos, con su pan se lo coman; ¿hemos por eso de corregir nuestras costumbres? ¿qué mas lecciones necesitamos que las prácticas que tenemos diariamente á la vista?

No, no señor, escribamos una novelita, eso es un remedio eficaz para salir del apuro: otro tropiezo.—Si se acaba de publicar una novela, por Dios, podrán decirme mis compañeros, ¿qué va V. á hacer? no nos pierda, no hay que pensar en eso, se borran los suscritores y adios periódico.—No señor, por qué se han de borrar si las novelas cuadran; sobre que es mas bonita la ilusión que la realidad, si V. escribe los hechos de la niña, de la señora, de la reina fulana, ha de ponerla tal como era, que no siempre será hermosa, y en la novela nunca sería fea la heroína; el héroe en la historia, es un hombre que existió, y en la novela, ¿qué galan! ¿qué comedido! ¿qué afable! estoy decido, no novela; pero no ha de ser de México, porque entonces no es poética. ¡Sanfo Dios! pues si yo ignora las costumbres de otros países, ¿cómo voy á escribir de ellas? no hay duda no escribiré novela por mas que deje de tener muchos lectores.

Véamos, pues, otra cosa: poesía, una composición en verso... *príus es esse*,... y lo demás

que por sabido se calla: y que por otra parte no deja de presentar muy grandes obstáculos; por ejemplo, la mitad de los que conocen las letras y las distinguen por sus formas unas de otras, al verlas, no se crea que al pronunciarlas, no saben leer las composiciones métricas, unos dan sentido al verso y no á sus pensamientos: no lo entienden, ¡qué maldito verso! exclaman, ¡qué maldito lector! deberían decir. Otros dan sentido á los pensamientos, hablo en la lectura, y por consiguiente no se hacen cargo de la belleza de la poesía, ¡endemoniado verso! dicen; con razon, si no saben VV. leer. Con que no pensemos en esto: volvamos á otra parte nuestras reflexiones, que el tiempo corre y el artista vuelve á exigir el material.—Voy para allá, estoy nada mas haciendo unas ligeras correcciones...—Mentira, si aun no he dado una plumada; ¡qué plumada! si ni acabo de resolver qué escriba.

Ya me ocurrirá un artículo sobre ciencias naturales... la araña... las abejas... en fin, esta clase de insectillos de que puede hablarse mucho, que son muy curiosos: todo está bueno; pero tengo que meterme en la cabeza á dos ó tres naturalistas, y no es asunto del momento, y lo que es mas, ¡quién no ha leído al Conde Buffon, al padre Almeida y á casi todos los periódicos literarios, científicos?... no señor, cosa nueva he de poner.... ¡qué inconsideración! si el sábio ha dicho que nada hay nuevo debajo del sol... sin embargo, ya está visto, no escribo de esto.

Véamos otra cosa, todavía no están agotados los recursos; ¡quién no dice algo sobre ciencias morales, y ahora, muy á propósito, cuando precisamente hay que diga V. por ejemplo, sobre él que... no, no, no hay sobras, pues, entendámonos, es necesario advertir que esto de moral está... ¡bien sabe Dios como! y meterse uno á predicador, si, ya observo á uno que apenas ve arriba la materia del artículo y bosteza, y otro algo mas curioso lee.... no, amigo, le dice el primero, para oír sermones no faltan iglesias, deje por su vida esa enfadada lectura si quiere que estemos un rato juntos.—Si, en efecto, contesta el lector, que fatiga demasiado el artículo, doblemos la hoja.... parece que estos demonios de redactores ya no tienen con qué llenar.—Y en cuanto á mi digo que es así la verdad, para que se vea si soy franco; pero no se diga otro tanto de los demas.

¡Qué haré pues? vaya costumbres... ¡no en mis días! ¡qué atrevimiento! ¡un escritor novel, enteramente novel, escribir en la cuerda de Figaro y del curioso parlante? ¡qué sería de mi?

¡qué había de decir de nuestras costumbres? no sé; y tan mentecato, y tan descarado lo confieso. Ello es verdad yo no tengo la culpa, he de escribir y ha de ser alguna cosa: sin embargo, diria de nuestras costumbres que en México como en todas partes hay malos; pero en México, lo que no sucede en otro lugar, se logra reunir en un parage á todos los *hombres buenos* que es una gran ventaja, conocer á la gente que puede uno tratar: y al efecto, cualquiera puede ir á la diputación. ¡Ave María Purísima! ¡qué hago....? meterme al foro.... cuidado, que esto puede resultarme.... no, no, otra cosa porque costumbres.... si me ha retratado V, me dicen, cuando salga bien, si no me dan una paliza, sin saber cómo ni por donde me vino. No, ni está bien un artículo mio entre los de *Mi sobrino*, dejemos, pues, de pensar en costumbres.

Pues bien, otros escriben para todos, yo solo escribiré para las señoras, y de paso sea dicho, VV. dispensen, hermosas, si no las llamo el bello sexo, el sexo encantador, y otras frasesitas que yo me sé y VV. no ignoran; pero me han de dispensar porque soy un.... un atrevido, pues no sé cómo llamarle. Ya me entretuve por fin con VV.; pero, qué les digo yo, miserable, que si me conocieran, si supieran quien soy, si me vieran en un estrado se reirían de mí, me mofarían, no se incomoden porque digo que son algo coquetillas; pero qué culpa tengo yo, ni VV. tampoco, de que no se les haya procurado hasta ahora una buena educación? ninguna, y así no haya miedo de que yo quiera ofenderlas, no; decia, pues, que si me encontraran en un estrado verian lo que hay que ver. Desde luego la que mucho me favoreciera, me llamaria insociable, descortés y qué sé yo cuantas mas cosas; pero si VV. meditaran un solo instante me juzgarian de otro modo. En efecto, yo no creo que pueda corregir lo que es general en mí, á VV. les causaria hasto mi trato; pero qué quieren, si parece me he educado en Inglaterra, y no por cierto, que ni he tratado con inglés alguno: vean VV., con los franceses si he tenido mas roce, y aun de su idioma algo sé me entiende en cuanto á eso de traducirlo, y con todo no he aprendido el arte de galanlear.

No por eso me disgusta mi género, no; algunas veces suelo tener por su causa mis arrebatos de cólera, porque eso de estar uno sentado en un rincón sin poder departir con las bellas, levantar una á bailar y no poderle decir nada que conteste con monosílabos.... pero cuando entro en calma, pienso de otro modo, á lo menos sé que VV. se burlan de mí, y acaso me creen un estúpido, quizás no se engañarán;

mas mi conciencia está tranquila, ninguna se meja de que yo haya jurádola amor y después... en fin VV. si se engañan conmigo, se engañan solas, yo si las aconsejaria que no se crean de los que prometen mucho porque al fin nada cumplen, y que se guarden mucho, y aquí entro yo, de los que parece que no saben hacer cosa alguna, y aunque como me dijo cierta vez una niña; *Consejos y bigotes*.... ya VV. saben toda la frase; sin embargo, yo aconsejo porque veo que los bigotes los usan muchos y juzgo otro tanto de los consejos.

¡Ah! y que bien se curó Querubin al volar, porque han de saber VV. que voló al lugar de los Angeles, ni podia volar á otra parte, pues ya ven que *similes cum similibus*.... maldita pedanteria, que he de hablar con señoras en idioma que no entienden, dispensen pero ya saben que no soy el único que me valgo de ese medio para hacerlas creer que sé.... y dale con charlar, si quien con lobos anda á ahullar.... y vuelta con refranes, y mi conversacion entretanto pendiente. Decia que fué á ver á los Angeles Querubin, aunque no sé si él es de los que ¡cuánto monosílabo! bajaron y juzgo mas seguro que pertenece á los que en opinion de un santo Doctor, no de la Universidad, quedaron en los aires, si no, claro es que estaria en la eternidad y no andaria por estos mundos de Dios. Decia tambien que con razon se curó Querubin de encargarse su artículo de modas á Soplillo. Porque deben VV. advertir que Querubin es amigo de cumplir su palabra, y ya habiendo prometido que cada mes le daria su artículo, era llegado el tiempo de que cumpliera, y como no podia.... y yo que he dado en la mania de los puntos sin prever que puedo suscitar una contienda; pero me importa un bledo, haga yo mi gaza y aunque se salga por la ventana; mas VV. verán que Juan Soplillo le desempeña á las mil maravillas. Tuvo cuidado, pues, de no hacerme á mi el encargo porque no sé entonces qué habria hecho: ¿yo modas? ¡infeliz de mí si VV. me vieran que ni al cabo me hallo de las de mi sexo.

Ya, si nunca mudo porque no me agrada estrenar.... no, no las engañó, no es por eso sino porque no puedo otra cosa: una pobre levita por lo regular es mi traje comun y de tono, porque hace á todo, con un cuello de tan considerable elevacion, (ya, es para que no me ofenda el aire el cerebro) que toca con la falda del sombrero; pues, y que no uso este á la ¡qué ha sucedido! como un amigo que tengo poeta que no está muy lejos de aquí y á quien habrá saludado á mi nombre Querubin como lo hago

ahora aprovechando la ocasion aunque no es frecuente en mí, que dejo escapar muchas.... aquí de D. Quijote que verian como no solo su escudero ensaraba desatinos y necedades.... y parece que me he formado en la escuela de D. José Joaquín de Mora; pero volvamos á mi asunto que me he distraído mucho: decia que uso el sombrero al modo comun y regular segun es costume entre gente de buena conciencia. Con solo esta recomendacion que hago de mi levita, ni tengo necesidad de decirles de otro frac que tengo tambien, porque es preciso variar, que me vi una ocasion bastante oportuna para defenderme del sacristan de un convento de monjas, el cual se empeñaba en sostenerme que era un gallarde que en esos dias habian robado á la Iglesia y de cuyo aprieto salí ¡sabe Dios cómo! ¡Con que figurense VV. si seria posible que escribiera yo sobre modas? De ninguna manera, porque si bien es cierto que Madama Gourges me instruiria; pero haria yo una batahola que no se me podria entender y comenzando por los géneros, como maldita la cosa que yo entiendo de ellos, me decia Madama, tal pieza es de tafetán y ponía yo de pana, esto de musolina y yo decia de indiana etc. etc.

No hemos hecho la cuenta con la húspeda: con los maridos, con los padres. Yo no solicito, es verdad, la amistad de los maridos; pero tampoco quiero esponer mis costillas, ni quiero, además, perder con los padres. Y no, ni perturbar la paz de los matrimonios: ¡Dios me libre que yo hiciera tal fechoria! Dios sabe lo que pasa allá entre ellos, por causa de las modas y ¡malditos redactores del Liceo! ¡Maldiceo Querubin! así hubieran todos VV. volado para el infierno y no nos atormentaran á nosotros, pobres pecadores!.... ¡Con qué no basta á esos malditos periodistas enflautarme el prospecto á tiempo que no estaba yo en casa, para que pudiera caer en las manos de mi muger, de mi hija que luego me importuna porque me suscriba, y por la maldhada litografía haya de gastar un peso, diez reales cada mes, sino que me pondrán un artículo de modas! ¡Peregrina invencion! que cada mes ha de variar de traje la señorita, la niña: ¡bella ocurrencia! vamos, que sin duda, ninguno de los redactores es casado ó padre de familias. Ta.... ta.... poco á poco, señor mio, no hay que enfadarse, no, no, no, no consigo mismo. Si la niña de VV. si su muger, con perdon sea dicho de la señorita, no fueran al teatro, ¡descaritan vestirse siempre á la moda? no. Si no fueran á los bailes, ¡descaritan competir unas con otras, y mudar diariamente traje? no. ¿Y si VV. señor cabeza